

# LA EDUCACIÓN IBEROAMERICANA. PRESENTACIÓN

CLAUDIO LOZANO SEIJAS  
*Universidad de Barcelona*

Para un historiador de la educación que hiciera balance, América Latina, nuestra Hispanoamérica, es una catástrofe. Una mirada acerca de su situación educativa no puede ser sino de un gran escepticismo, por no decir pesimismo. Y hace nacer en el pensamiento de los jóvenes la creencia de que es casi imposible salir de tal situación y que la solidaridad es testimonial, ideológica y educativa, pero las claves de tan complicada historia responden a un orden internacional injusto, que no tiene visos de cambiar, agravándose, y a regímenes políticos internos, aliados con el militarismo y al capitalismo externo. La Región presenta a mediados de los 80 un perfil de crisis endémica: sobre 426 millones de pobladores, una deuda externa de 401.360.000 dólares —según CEPAL—, lo que hace que cada recién nacido llegue al mundo con una deuda de mil dólares bajo el brazo. El PIB crece menos que la población: el 6,1% entre 1981 y 1988; la inestabilidad de los precios genera dependencia y el Continente se convierte, paradójicamente, en importador de alimentos, lo que es una inversión de la tendencia histórica. Hasta 1981 Hispanoamérica atraía capitales extranjeros en cantidad superior al dinero que salía del Continente. Entre 1982 y 1988 se invierte esa tendencia, con un déficit de 179.000.000 dólares, en balanza comercial y financiera. Cada habitante ha transferido al exterior 479 dólares durante esos siete años. CEPAL estima en el 40% la población latinoamericana en situación de pobreza, esto es, 170 millones de habitantes y en el 20% la población en estado de indigencia: 85 millones de personas. De ahí el escepticismo y aun el pesimismo...

Sin embargo, sólo el balance de la época contemporánea presenta ya otros perfiles, además de los sombríos de última hora: la Región ha tenido una notable expansión cuantitativa: entre 1960 y 1985 el «salto» de la matrícula de enseñanza primaria, secundaria y superior es de treinta millones y medio a 98 millones de educandos. Es decir, en estos 25 años la matrícula global se multiplica por 3,2: uno de cada cuatro latinoamericanos estudia actualmente en el sistema formal. Hay otros muchos que no estudian: se estima en ocho millones y medio el número de niños y jóvenes al margen de los sistemas académicos, esto es, el 13% en esa edad escolar. Las estadísticas de Unesco nos dicen que entre la población de 15 y más años el analfabetismo ha seguido esta curva: 1950, 40.900.000 personas; 1960, 41.200.000; 1970, 44.400.000; 1985, 43.600.000, o sea, el 17% de aquella franja de población. El analfabetismo se mantiene como una constante que no decrece aunque disminuyan algo las cifras relativas, puesto que en el mismo período la población

ha aumentado. La situación presenta grandes diferencias: hay países que tienen una tasa de analfabetismo inferior al 4%, como Cuba y Trinidad Tobago y hay algunos que se encuentran entre los que más padecen este problema: Honduras, 40'5%; Guatemala, 45%; Haití, 62'4%...

América Latina constituye un novísimo capítulo en la Historia de la Educación Occidental. Y se conoce poco de sus relaciones con la Historia de la Educación Española, aparte de la historiografía de la sociología lingüística de la Conquista y la emigración. La inclusión del sujeto de esa historia en la mirada occidental no es nueva. Pero realmente ninguna práctica historiográfica incluye a América, la América no anglosajona, en sus discursos e inventarios. Sin duda, la geopolítica de la postguerra, las revoluciones china, africanas y sudamericanas, así como, en el último decenio, la situación centroamericana, han hecho volver la atención a esa zona del mundo. Los ecos de 1968, personalidades como Illich o Freire, que pertenecen ya al legado pedagógico de este siglo, han convertido a América, nuevamente, en un horizonte utópico-pedagógico, que comienza a marcar a la juventud mundial de las postrimerías del siglo XX. Eso cambia la mirada. Y la amplía. E incluso hace aparecer como deformados, cual los espejos del callejón del Gato, hitos y hechos de la educación y la civilización eurocéntrica o usaamericana.

Desde todas esas consideraciones preliminares y esquemáticas, pudiera afirmarse que Hispanoamérica ha sido solar y asiento de variadas concepciones pedagógicas históricas: la idea de educación como colonización, la idea de educación y progreso, educación y desarrollo. Finalmente, está a punto de romperse la última —¿o penúltima?— configuración ideológica de la educación latinoamericana: la idea universal de la educación, una concepción geopolítica mundial, de la que formara parte el Continente y que puede resumirse así: ni Primer, ni Segundo, ni Tercer Mundo: los problemas educacionales son comunes en esta situación geoestratégica de finales de siglo. La Deuda y la división internacional del trabajo están colocando a Latinoamérica al borde de la desarticulación de sus sistemas de instrucción y han arrumbado esa aproximación.

Hay una historiografía del reproche acerca de las relaciones entre Hispanoamérica y España. Incluso puede instrumentalizarse a cronistas como Huaman Poma de Ayala, haciéndoles oficiar de ancestros de esa tradición. Ese reproche se extiende a los medios de comunicación y hoy la imagen que está recibiendo la juventud española de la época colonial americana está claramente atravesada por ese tipo de interpretaciones. El reproche se hace repudio si toma asiento en países amerindios o mestizos: basta ver la producción histórica mexicana y su reflejo en los textos escolares, tema que apasionó hace años al grupo de investigadores del Colegio de México, encabezado por Josefina Zoraida Vázquez. El eco de esa verdad, de ese tipo de «verdades» reposa en la creencia de que la Conquista destruyó legados culturales, sistemas de pensamiento y de organización social y económica, que eran buenos y que se reivindicaban por los movimientos indígenas, religiosos y de movilización popular, en plena quiebra de las repúblicas criollas. Ese es un legado también educativo, un enclave ideológico, desde luego, pero con el que contar a la hora de ensayar un entendimiento de la historia pedagógica o educativa latinoamericana, cerrando el círculo Conquista-Independencia-Crisis coetánea.

El modelo educativo colonial es el de más largo peso y poso en la historia de nuestra América. Con una limitación conceptual de partida: sólo desde categorías mentales, «sensibilidades» y actitudes de hoy debe hablarse de colonias al referirse a Hispanoamérica. Recordemos las polémicas de Ricardo Levene al respecto. De ninguna manera podemos aplicar a la realidad de la América moderna las categorías del imperialismo o antiimperia-

lismo de nuestro siglo. En América jamás hubo una Rhodesia, Namibia o Argelia, pese a las boutades de Fernández Retamar a propósito de Sarmiento y la herencia colonial. Ni debe repetirse la cita de Albert Memmi a propósito de *RETRATO DEL COLONIZADO*. Añadamos a todo ello la vastedad del Continente, el carácter especial, desde el punto de vista administrativo, del proceso de conquista y colonización, la presencia singular de la iglesia regular y secular y las coyunturas de ese período, hasta 1810, hasta 1830, para delimitar el estudio de ese «modelo», que no deja de ser una interpretación sociológica de la andadura histórica.

Cronológicamente, el modelo de educación como colonización se sostiene sobre 1519, 1530, 1570, 1810, 1830, aproximadamente, y en un acercamiento preliminar: son fechas de historia política, es decir, de superestructuras y, por tanto, absolutamente discutibles: el inicio de la conquista de México, el contacto con el «imperio oriental» incaico, el fin de la época de guerra y sometimiento, el ciclo de las Revoluciones de Independencia, el final del primer período constitucional criollo: es decir, la irrupción de un nuevo discurso sobre la educación, la pedagogía y la instrucción pública en países emancipados.

La época colonial es el momento histórico re-fundante de la Historia americana. Es el nacimiento de la Historia Universal, de los intercambios universales, el comienzo del proceso de acumulación capitalista, que originará la civilización industrial. América aunque sea durante siglos, como afirmará Hegel, el monólogo de Europa, será su socio capitalista imprescindible. No hay ni puede haber modernidad sin América. La Historia de España, pero no sólo la de España, es testigo, desde luego que no siempre agradecido de esa presencia imprescindible.

La Colonia es el período de desaparición de parte del legado cultural americano, la destrucción de sistemas ecológicos, el origen de crisis demográficas importantísimas, la roturación, el desarrollo de la ganadería, la producción en gran escala, la inclusión de América en la evolución de las ideas pedagógicas europeas, tal como las sintetizara magistralmente, por ejemplo, Emile Durkheim: casi podría hablarse de la falsación o modificación de ese legado América mediante. De manera que esa «caída del hombre natural», como la ha definido en términos más religiosos que históricos, desde luego, algún antropólogo e historiador es una ausencia o negligencia original en el modelo educativo de las Indias. Tanto es así que cuando a veces se han querido configurar los rasgos «nacionales» de algún Estado hispanoamericano, singularmente amerindio o mestizo, la recurrencia a esos orígenes es inevitable: es el caso de los estudios de Claudio Esteva Fabregat al hablar del carácter nacional mexicano. Sobre esa ausencia, o sobre la presencia preterida, muda o ignorada en parte, de las tradiciones indígenas prehispánicas americanas, se funda un modelo, una concepción educativa, pedagógica, decisiva porque perdurará durante más de tres siglos. Realmente, sigue presente en la historia de los americanos...

Pedagógica y educativamente, la Colonia, hasta 1830 aproximadamente, significa la inclusión y definición de un nuevo sujeto pedagógico-educativo, la emergencia de un discurso pedagógico y el despliegue, la erección, la aparición de redes institucionales educativas, escolares. Sobre América, en un tiempo nuevo, sobre unas poblaciones vírgenes y con agentes europeos.

El sujeto no nace espontáneamente: se construye trabajosa y dialécticamente: será el indio, es decir, toda criatura viviente, pero no simple y espontáneamente. Luego, realmente serán algunos indios y criollos. Será esa una batalla permanente, la extensión a América

de los problemas sociales de la España castiza, de las Españas, que tendrá gran importancia en la organización y el despliegue, por ejemplo, de la Iglesia en Indias.

De hecho, puede decirse que la evolución de la pedagogía y la educación hispanoamericana perseguirán la definición de un sujeto pedagógico propio, la forja de una tradición autónoma, no independiente, sin lazos ni referencias a otras tradiciones educativas, pero original, propio, alrededor del cual pueda hablarse verdaderamente de una pedagogía hispanoamericana. Ese sujeto se define en ciclos, en coyunturas históricas, de larga duración: por ejemplo, la Conquista origina todo el debate acerca de la ética y la lucha por la justicia en ese proceso: cuando Vitoria elabora el nuevo Derecho de gentes, está cambiando la cabeza de los europeos, el modo de pensar acerca del mundo exótico americano, está recogiendo en un ordenamiento jurídico cuya expresión positiva tratarán de ser las diversas Recopilaciones de las Leyes de Indias toda la fenomenología, la épica y el destino trágico del Descubrimiento. Allí están Fray Ambrosio de Montesinos y Las Casas, Vasco de Quiroga y las masacres del Caribe, los jerónimos y los dominicos, los franciscanos y los jesuitas. Las categorías de análisis serán las de la escolástica de la época, las de la controversia Sepúlveda-Las Casas, las Cartas de relación y la «historiografía» y antropología de Zumárraga y Motolinía... Pudiera decirse que ese debate, como es consustancial a toda pedagogía, no está acabado y que aquella situación histórica sigue alimentando las consideraciones acerca del sujeto de la educación en la historia americana.

Los indios o serán salvajes o serán esclavos, no existirán espiritualmente... o serán como niños. La aporía de su paganismo se transformará en el mestizaje de Quezaltcoalt y Guadalupe (Lafaye). Pudiera seguirse —y está por hacer ese estudio— la formulación de esa pedagogía, que se derrama del tronco tomista con una vitalidad y un asombro por lo nuevo verdaderamente inédito en Occidente. Durkheim ciertamente no podía escribir una línea más: llegado al Humanismo y a Descartes, la tradición pedagógica moderna fundada estaba, en Francia y en Europa. Pero América, que no era el patio trasero ni el trastero educativo occidental, permitió, casi hasta el XVIII, posibilidades impensables, por ejemplo, desde un país como Francia. Don Américo Castro lo resumía con su perspicacia y hasta con un comentario malicioso al aventurar que realmente la Iglesia, los religiosos regulares del trabajo a pie de obra, buscaron afanosamente convertir América, lo nuevo, lo encontrado o descubierto, en una teocracia, en un Reino de Dios en la tierra. En ese sentido se ha llegado a afirmar que América fue antes un Continente soñado que conquistado y civilizado: el propio Brandi y desde luego Menéndez Pidal y otros historiadores han atisbado y en algunos casos señalado la importancia del elemento americano en el designio o la evolución de la idea imperial en Carlos V, y desde luego no nos referimos a los estudios de Carande, Hamilton o Vilar, así como de Lynch en el sentido de la aportación metálica, en oro y plata, a los sueños políticos de los Austrias españoles. Esa es otra historia, evidentemente, tal vez la verdadera...

Sobre los catecismos, sobre las cartillas para enseñar a leer, sobre los sermones de los frailes y los testamentos de los obispos, las Leyes de Indias y su despliegue, los materiales de controversia teológica, el Corpus Hispanorum de Pace, allí, a veces explícitamente y a menudo entre líneas en los cronistas, sobre ese caudal, miles de legajos del Archivo de Indias..., será posible atisbar el contacto entre las paideias cristiana y americana, el surgimiento y elaboración de un discurso pedagógico para América, vale luego decir para Europa, para el mundo conocido, «civilizado»: porque, efectivamente, sin ser el patio trasero de Europa, América se convirtió en un laboratorio de prácticas sociales que revertirían a Europa: tratar a los indios como niños y a los niños como indios pudiera ser una síntesis

de los modos educativos de la época Moderna. En América, el despliegue de ese discurso o discursos y la emergencia de los sujetos pedagógicos girará alrededor de tres características: la educación como misión, educación como civilización, educación como exilio.

El siglo XVIII, su segunda mitad, es una época importantísima en la historia americana, en cierto sentido, «la edad de oro»: la recuperación demográfica, la moderna especialización económica, base de la diferenciación que hará imposibles la unidad y la paz tras la emancipación, la nueva política universitaria, la construcción del escindido sujeto americano moderno, las proclamas sobre la educación, miméticas primero, retóricas más tarde, discriminadas atravesado ya el ecuador del período 1760-1840, núcleo de la tardía —como en el caso español ha mostrado Anes— Ilustración americana. En Hispanoamérica, sin necesidad de fastos borbónicos, la Ilustración está siendo estudiada detenidamente porque, efectivamente, es un período complejísimo y crucial, la fundación de una nueva historiografía, esto es un nuevo discurso de interpretación de los procesos contemporáneos. Ilustración es la sustitución de los jesuitas, la posibilidad de una educación «pública» como se la llama en las controversias universitarias de Santa Fe de Bogotá. Es el mensaje de los adelantados: Rodríguez, Espejo, Sanz, Belgrano, Alzate..., es el dilema de la nueva ciencia nacional, del nacionalismo cultural y educativo, el despliegue de las S.E.A.P., de tan honda labor en América, el nacimiento de una prensa de agitación y propaganda muy eficiente en la propagación de lo nuevo y la formación de la nueva mentalidad, que no es una, sino múltiples. La Ilustración es la emergencia del maestro público americano, cara al XIX: la discusión sobre su saber y su oficio, sobre la religión, la moral y el papel de maestro, la interinidad prolongada de los métodos de enseñanza simultánea mutua, como en España...

El XIX americano transita el período 1830-1930. Dicho sea con todos los reparos que estas afirmaciones cuasi apodícticas merecen. 1830 es el exilio de Bolívar, magistralmente metaforizado por Gabriel García Márquez. El líder —las ideas, la concepción política— que, Magdalena abajo, se desvanece del presente. Santander será la Historia. En 1830 hace seis años ya de Ayacucho. Rocafuerte vuelve a México, al Ecuador. Bello ya trabaja en Chile. Iturbide ni se menciona en México... Queremos decir que, consumada la Independencia, anudados por poco tiempo los lazos del hispanoamericanismo «doceañista», cada República comienza a hacer frente a los problemas propios: el modo de producción, la especialidad económica, la estratificación de clases, los modos del Estado: cada región americana comienza a pensarse, a ser pensada por sus élites u oligarquías, su burguesía ilustrada.

Educativamente, el siglo se había abierto con la proclama constitutiva de Bolívar, su concepción del Poder Moral y la necesidad de la Instrucción Pública. Simón Rodríguez en sus *Sociedades Americanas en 1828* llevó al máximo —sobre el papel— las virtualidades del proyecto bolivariano: pergeñaría un «Proyecto de Lei de Colonización i Educación Popular» que aún hoy produce chispas. El mismo Rodríguez, cual conciencia educativa de la América, sería el intérprete de la situación americana en 1834: *Luces y Virtudes Sociales* y en 1849, *Extracto sucinto de mi obra sobre la Educación Republicana*. Antes de morir casi como un perro, en un ignoto pequeño lugar andino no se sabe en qué año, había recordado inconvenientemente que

*Si Usted desea... como lo creo...  
que mi Trabajo y los Gastos no se pierdan,  
emprenda su Escuela  
con...*

**INDIOS!!!**

*Bien merecen los DUEÑOS DEL PAIS —los que mantienen el Gobierno i la iglesia con su DINERO, i a los Particulares con su Trabajo— que enseñen a sus hijos a Hablar, a Escribir, a llevar Cuentas...»*

en sus *Consejos de Amigo dados al Colejio de Latacunga*.

El Discurso Americano de la Educación Contemporánea —lo que antes denominábamos como Educación e Idea de Progreso— se recoge en una serie de textos y gestos de política educativa cuyos hitos más significativos serán el discurso de instalación de la Universidad de Chile, pronunciado por Andrés Bello en 1843, la polémica Alberdi-Sarmiento en la República Argentina, finalmente recogida en *Facundo* —aunque no sólo— y los avatares del positivismo al Norte y Sur del Continente.

Hacerle a la historia americana un hijo, como dijera Sarmiento, consistía en apuntalar el Estado, casi en hacerlo nacer, poblar, industrializar y educar —o instruir. De las dificultades de esas misiones en el Continente surgirían las diferentes tradiciones educativas: organizar sistemas nacionales de Instrucción Pública, con modalidades diversas: dirigidos solamente a la oligarquía, la alta burguesía y los sectores medios, quedando excluida la gran masa de la población: es el caso de los países centroamericanos y caribeños.

Países como Chile, Argentina o Uruguay ofrecieron sistemas constituidos por redes internas de escolarización que alcanzaron a gran parte de la población, reproduciendo en su seno las desigualdades, lo típico de la adaptación de esos moldes educativos liberales.

En otros ámbitos, México fundamentalmente, pero también y según épocas Perú o Paraguay, se presentó la circunstancia histórica de la cuestión indígena, poniendo al descubierto la futilidad y hasta lo ridículo de sistemas educativos pensados para «lograr la nacionalidad» y que dejaban fuera a la columna vertebral demográfica, a la mayor parte del respectivo país. Y todo ello en plena ventolera positivista, darwinista social, spenceriana y una polémica ideológico-racista sobre el porvenir de América, fruto tardío del reproche de Masson a la España ilustrada.

De modo que el XIX admite, en el terreno educativo, varias lecturas: cuando Bello hace su discurso está enunciando la posibilidad y la modalidad del humanismo americano. Cuando Alberdi, en las *Bases...*, le reprocha a Sarmiento el esquematismo y la reducción de sus conceptos de instrucción está anunciando los riesgos del futuro neocolonial. Cuando Sarmiento convierte la conjunción civilización y barbarie en una opción, una disyunción, la inevitabilidad del Progreso y la «necesidad» de prescindir históricamente de los obstáculos que se le opongan, se están acelerando los ciclos de la era contemporánea en América, se están revolucionando, forzando, los ciclos de la educación americana: el gesto de traer maestras norteamericanas para fundar la Escuela Normal del Paraná es un gesto fundacional, instituyente, de instauración de la nueva educación.

1870, en esa ejecutoria, puede ser considerada una fecha crucial: lo fue en la Europa de la Comuna y en los USA inmediatamente posteriores a la Guerra de Secesión. Lo es en la España del Sexenio, en la Venezuela de Guzmán Blanco, en la Colombia de los liberales radicales y en el Ecuador posterior a García Moreno. Hasta 1930, aproximadamente —algunos alargarían esos límites hasta 1945: fin de la Segunda Guerra Mundial, peronismo, detención del proceso revolucionario en México...— Hispanoamérica vive, con las excepciones locales del Caribe y países atrasados de Centroamérica, la era del Estado Oligárquico Liberal, la expansión de la educación, la acumulación, el liberalismo representativo y el democrático, el culmen del progreso y el comienzo de la recesión.

A partir de entonces y según los ritmos de desarrollo y los modelos de escolarización, Hispanoamérica comparte con los países europeos y los EE.UU. la crisis del sistema educativo moderno, sin haber logrado completar el proceso de modernización pedagógica que se había proyectado al adoptar tal sistema. En la mayoría de países y en primer lugar los «euroamericanos» y México, en los que habían logrado la implantación del sistema escolar entre amplios sectores de su sociedad existen desde entonces síntomas de fracturas en la sistematización, la reglamentación, la graduación y la unificación del proceso educacional, que están en los fundamentos del sistema educativo moderno.

América Latina sufre actualmente una situación generalizada de deuda externa que constituye un factor de empobrecimiento y un pesado fardo que lastra sus posibilidades de reactivación económica, social y política. Pero no es una situación nueva para el Continente. De la Deuda no se sale con más deudas, necesariamente. Sin estar tentados de usar la Historia como consuelo de la vida no es ocioso recordar cómo durante la gran depresión varios de los principales países hispanoamericanos consiguieron remontar con éxito —y en aquel caso, con rapidez— los efectos de una crisis financiera que en los primeros años treinta había hundido sus economías hasta un punto antes ignorado. En su intento de afrontar las dificultades de la depresión, aquellos países consiguieron definir un esquema de políticas productivas cuyos resultados a medio plazo fueron positivos. La solución de aquella coyuntura fue la puesta en marcha de un proceso industrializador, que originó nuevos sectores económicos y sociales y acabó por favorecer tasas de crecimiento excepcionales, que se prolongaron durante varios lustros. Hubo una fecha entonces, que ha hecho historia: en 1931, Bolivia repudió la amortización de su deuda exterior. Casi todos los países siguieron su ejemplo.

La «Escuela de la Deuda» hispanoamericana presenta este perfil:

- *Deuda:* 415.000 millones de dólares USA. Creciendo entre 0,7 y 1,5% anual.
- *Población indígena:* 45 millones, con Perú, Bolivia, Ecuador y Guatemala al frente.
- *Resquebrajamiento del diseño de los sistemas educativos.*
- *Problemas heredados no resueltos.*
- *Destrucción del tejido industrial.*
- *Polarización social: destrucción de las capas medias.*
- *Deterioro de la relación educación-trabajo en América latina.*
- *Pirámides educacionales estrechando la base, aumentando la deserción y con mayores cimientos de analfabetismo.*
- *Base extraordinariamente juvenil de la pirámide poblacional.*
- *Diversidades lingüísticas en aumento.*
- *Diferencia creciente entre escolares y no escolarizados.*
- *Tasas de la escolarización primaria y universitaria, homologadas.*
- *El enorme hueco de la Secundaria, sobre todo en la tasa diferencial.*
- *La deserción y el fracaso escolares, altísimos.*
- *Bajos sueldos de los docentes.*
- *El nuevo papel técnico-modernizante de la Universidad.*

En censos globales anteriores a 1985 se detectan 37 millones de analfabetos. Hay un grupo de países —el más numeroso— que ronda el 20% de analfabetismo.

En el ámbito de los moderados porcentajes de PNB en educación, las estadísticas internacionales indican un 3% de desfase en esa inversión/gasto. En el año 2000 habrá en Hispanoamérica, Brasil y el Caribe, 120 millones de niños entre los 5 y los 14 años, sobre un total de población de 541 millones de habitantes.

El «atraso» frente a las naciones europeas es de 15 años en la educación superior latinoamericana, en tanto la educación elemental de la población no llega, en promedio, a los niveles alcanzados en Europa cuando a finales del siglo XIX se promulgan las leyes educativas. En la actualidad, de cinco jóvenes, uno es analfabeto y otro ha llegado a la educación superior.

Sobre esa realidad y el incumplimiento de las previsiones establecidas por el Proyecto Principal parece lógico establecer prioridades de la educación latinoamericana a medio plazo, mediados los años noventa: en primer lugar resolver las contradicciones de la política educativa regional, el enorme trecho entre pensamiento y acción: no se puede afirmar la necesidad de nuevas relaciones entre Estado y sociedad civil, de establecer mecanismos de educación compensatoria, de «multiplicar las opciones académicas y profesionales», desburocratizar y descentralizar la administración educativa, insistir en el papel de la educación como forja de la democracia, mientras los sistemas educativos acentúan las diferencias sociales.

Cada país debiera replantear su actuación a corto plazo, fijando objetivos realmente alcanzables, por ejemplo aplazar en ciertos casos la alfabetización total como imposible de alcanzar en estos momentos, centrando la acción en los sectores de población «en riesgo»: niños y adolescentes analfabetos, jóvenes analfabetos motivados, etc... Ello no significa en modo alguno renunciar a un requisito imprescindible: mantener la cohesión regional en torno a lo que queda del Proyecto Principal, su filosofía, sus metas y la posibilidad de rectificar y cumplir sustancialmente lo planificado.

La defensa de la escuela primaria debe ser firmemente asumida además de la complementación con servicios sociales adecuados a las poblaciones que trata. La necesidad de formación del personal docente es fundamental en el sentido de revisar a fondo el perfil del educador en sociedades de obligado cambio. Establecer programas de educación no formal y toda la flexibilidad necesarias tanto a niveles secundario o superior, lo que en modo alguno ha de conllevar la desarticulación de los sistemas de instrucción pública.

Seguramente el problema de los recursos, la necesidad de innovar incesantemente, la participación democrática, políticas de integración latinoamericana y con los países de habla española, que impidan la fragmentación, superposición o aislamiento de los sistemas educativos, así como la tensión entre democracia y calidad, son igualmente prioridades y riesgos del futuro de la educación hispanoamericana.

Es bien sabida la escasa validez de la prospectiva en una región como América Latina donde la incertidumbre acerca del futuro es una constante. La inestabilidad política, la alta vulnerabilidad a los cambios en los centros económicos y políticos mundiales y la crisis económica internacional son, entre otros, elementos suficientes como para desalentar cualquier pretensión de seriedad en un análisis prospectivo. En los próximos años se replantearán algunas preguntas centrales: ¿para qué educar?, ¿para qué demandar educación?, ¿qué clase de educación es necesaria? El debate podría girar en torno a la homogeneidad de la oferta educativa —cantidad, cobertura y calidad. Es posible —seguro— que la demanda social supere los intentos planificadores y pierdan sentido las políticas de ajuste —ajuste

entre los requerimientos del sistema social y la oferta del sistema educativo—. Las respuestas deberán ser, entonces, cualitativas: por ejemplo, ¿qué debe enseñar la Media y cómo hacerlo? En definitiva, las demandas por puestos de trabajo o por mejores ingresos no se ejercerían, en ese sentido, sobre el sistema educativo. En cambio sí se ejercerán por la calidad de la enseñanza, de lo que la educación debe otorgar. Los condicionantes externos, por supuesto, seguirán actuando. Sin embargo, el desafío consistirá en responder pedagógicamente de modo que puedan ser neutralizados.

En los momentos en que se escriben estas líneas, América Latina, algunos países, parecen caminar hacia la barbarie. Argentina da la impresión de que puede convertirse en Haití en los próximos quince años. Haití puede retornar a la época de Toussain L'Ouverture, que Alejo Carpentier reflejó en las páginas de su *El Siglo de las Luces*. Paradójicamente, esa misma América vuelve a convertirse en un Eldorado ideológico y cultural para las poblaciones jóvenes del Occidente industrial. «*Las culturas del Tercer Mundo son irremplazables, porque son depositarias de la identidad cultural de la humanidad*», ha afirmado Jean Ziegler, autor de *La victoria de los vencidos*. Tal vez sea en ese sentido y no en el del cimarronaje educativo que parecía preconizar Illich en los años 60, en que todavía sea necesaria la escuela para dotar de contenidos a las instituciones intermediarias de nuestra sociedad postindustrial, que «*el futuro depende más de nuestra elección de instituciones que mantengan una vida de acción y menos de que desarrollemos nuevas ideologías y tecnologías*», tal vez sea en ese camino en el que la escuela todavía tenga bastante que decir, renovada, revalorizada, extendida a todos, educando humanamente al hombre, como quería Suchodolski. En el caso de América Latina, una buena fórmula para dar siete vueltas de llave a la permanente interpretación de su historia en clave de realismo mágico: «... *una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la Tierra*», como soñara Gabriel García Márquez, en su discurso de recepción del Nobel, el 8 de diciembre de 1982.

Al hablar de Historia de la Educación Americana —o Iberoamericana, Hispanoamericana, etc.— queremos, pues, incluir en la misma mirada los problemas comunes de constitución pedagógica de nuestros países, los procesos de modernización, de acceso a sistemas políticos estables, de constitución y ampliación del sujeto pedagógico, de la multiplicación y sofisticación de los agentes educativos, del análisis del progreso educacional en sociedades como las hispanolatinoamericanas.

Sobre la base de grandes trechos de historia común de influencias educativas y relaciones culturales estrechas durante los siglos XIX y XX, la definitiva inclusión de la educación americana en la historia de la educación occidental pasa por un nuevo recorrido e interpretación de su historia, esto es, por volver al XVI, estudiar detenidamente —desde nuestro punto de vista histórico-educativo— los elementos de la historia cultural americana moderna y hacerlo en paralelo y en relación con la historia de la educación europea occidental, usaamericana y española, en especial. Contribuiremos así además de a fundamentar de modo diferente al habitual el por qué de las relaciones Hispanoamérica-España a vislumbrar desde la otra orilla la propia historia de la educación española e incluso a ampliarla, completando y matizando la estricta y habitual comparación con el pedagogismo europeo contemporáneo.

En cierto sentido, se trata de una historia en construcción, a la que quisiera contribuir esta monografía de *Historia de la Educación*, que no es más que una primera aproximación. Esperemos que en el futuro dichos temas aparezcan de modo natural y regular en las páginas cuya hospitalidad tanto agradecemos hoy quienes nos dedicamos a tal historia.